

Víctor Hugo Escandell,
Poemas de la otra orilla, Salta: Fondo Editorial, Secretaría de
Cultura de la Provincia, 2014; 143 páginas

*Amelia Royo**

Interesante y promisorio el hecho de que la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta haya publicado la obra de Víctor Hugo Escandell (1947), poeta persistente desde sus aportes tempranos que vieran la luz a través de páginas literarias de periódicos y revistas del NOA y de otros lugares.

Destacamos como promisorio que Cultura abra el arco de autores, normalmente circunscripto a los nombres más consagrados –es el caso de las publicaciones del Congreso de la Nación que recogieran sólo a Juan C. Dávalos y a J. Castellanos- porque de eso se trata la cultura: un paragua enorme capaz de albergar a muchos autores, los clásicos y los menos clásicos, los precursores y sus herederos de estilos o de temáticas ya consagradas; los jóvenes premiados y también los aspirantes que no claudican,

Hablando de premios Escandell los ha merecido en varias oportunidades, ha sido incluido en las antologías canónicas y también en las más recientes como *Cuatro siglos de Literatura Salteña* 1982-2007 ; V. II, realizada por María Eugenia Carante.

La poesía de Víctor Hugo Escandell pocas veces escapa del paisaje de la pobreza: la imagen del ángel dormido en la basura cohabita con suicidas; sintagmas como “nudo de la sogá”; “soga del silencio” que pertenecen a poemas diferentes marcan la tendencia a la iteratividad léxica portadora de un registro inconfundible: el del desasosiego y la intemperie.

Inicialmente el título del libro de Escandell pudo habernos evocado alguna reminiscencia a Octavio Paz cuando el poeta mejicano explica la diferencia entre “esta orilla” (adherencia al mundo objetivo) y la “otra orilla” que conlleva a idea de desprendimiento del ciclo vida-muerte para empezar a ser agua corriendo incesante.

Lejos de la interpretación de Octavio Paz de origen hinduista, la otra orilla del poeta salteño parece arraigar en la más cercana de las realidades, la otra orilla es el otro, el otro social, el otro atribulado y sin timón.

Poesía desgarrada y con escasos avistamientos de una Itaca con la que sueña todo náufrago¹.

La publicación que comentamos es del Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, abarca cuatro poemarios y una plaqueta. Ni el prólogo de la poeta también salteña, Teresa Leonardi Herrán, ni el para- texto informan sobre las fechas de progresión de los títulos contenidos en el libro *Poemas de la otra orilla* (2014). Podemos hipotetizar que hubo un reacomodamiento temático más que cronológico. Aquí conviven el tiempo lineal con el no tiempo de la poesía puesto que en *El navío* aparece “Poema” (pg.46) y “Poema desierto” (pg. 52); en *Elegía*, la tercera unidad se titula “Poema 24” (pg. 69) y luego relevamos “Poema carta” (pg. 87)

* Universidad Nacional de Salta, Facultad de Humanidades

¹ Borges en su momento (“Arte poética” 1960) dijo: “Cuentan que Ulises harto de prodigios/ Lloró de amor al divisar su Itaca”

Hace falta revisar el primer “Poema desierto” (25) para encontrar, quizás una retórica común a todos, u otras formas pasibles de ser leídas como la poética de autor. Y la primera sorpresa en ese recorrido es comprobar que tanto en *Poemas de la otra orilla* como en *El navío* se registran unidades con el mismo título, y en ambos aparece la imagen de “bastón artrósico”.

En el primero de los poemas desiertos está invocada la ausencia de la amada: “Tu ausencia cuelga de la soga del silencio” (25). El segundo, en cambio, parece un poema social (¿qué cuadratura teórica nos lleva a creer que un poema de amor no puede ser social?) y el yo poético se patentiza sólo en el primer verso:

Me pregunto por las vértebras rotas
del obrero (52)

Aquí podríamos agregar que es social y situado puesto que alude al carnaval según la tradición del NOA, pero además propone nombres de poetas salteños contemporáneos como José Gallardo y Hugo Aparicio (incluido su personaje Pedro Orilla)

A propósito de orilla es necesario buscar el correlato entre este margen – el del paco, el del mendigo, la intemperie, el baldío- y el título (del libro) subsiguiente: *El navío*. A priori su semántica anticipa aires nuevos, tal vez esperanzados, lejos de ello el poeta vuelve a cargar las tintas de la pesadumbre existencial:

El barco que navega
va desierto

dice al comienzo, y concluye:

.....
Un navío que navega
hacia el ocaso (42)

A poco andar la inferencia es obvia: el navío es el yo, por eso el poema “Escritura” remite al campo semántico marítimo, pero anticipa lo que será el eje del próximo poemario: *Elegía en abril*. El de este tramo lírico es el tono que anticipa la partida de los seres queridos, el que evoca al autor de una de las más bellas elegías de la lengua española-Miguel Hernández.

Pero en Escandell el tono elegíaco invade hasta la presunción de la propia muerte, y en esta elegía no destacamos el plano metafórico, ni la originalidad de las imágenes, es el manejo del verso libre, libre hasta la casi total ausencia de puntuación, lo que le permite al poeta jugar con el efecto visuográfico. Rasgo, en cierta forma, similar a algunos experimentos vanguardistas en nuestro continente.

El otro homenaje –elegíaco explícito- está poetizado con nombre y apellido:

Se murió el poeta,
el amigo.

Jesús Ramón Vera
se llamaba (59)

No se puede cerrar esta somera lectura sin advertir al lector que *Elegía en abril y otros poemas* expresa la pérdida, como todas las elegías, pero encierra de manera dominante, el duelo inconsolable por sí mismo: la pérdida del yo en la nada del desamor.

Por momentos el desamor denota ausencia, olvido, pero hay tramos como “Íbamos temblando una canción” (98-99) en que el nosotros representa la infancia, como imagen de la desesperanza subjetiva o generacional. ¿Cómo salir del registro doloroso de los fracasos cívicos, de las frustraciones ideológicas, de la angustia profunda por el dolor ajeno? Si la escritura poética exorciza deberíamos poder avistar la otra orilla. En el ejemplo que citamos el tú presupone la esperanza:

Llevo en la bodega del silencio

Tu ausencia escondida

y el abrigo de **tu** amor (43)

pero en la progresión el poema “Cenizas de mi barco (130)” evoca versos de Neruda para representar el desamor: “Recojo restos de naufragio” (...) “Parto/ Llueve cenizas de mi barco”

Para concluir auguramos la mejor repercusión para este libro; que tanta desazón tenga una posibilidad de retorno hacia la orilla de los ganados y las mieses, la orilla del alba, de la cosecha. En definitiva la escritura poética puede ser el termómetro del estado de sociedad y es ahí donde anida la metáfora desesperanzada.